

Profesor Fidel Aizpurúa Donazar

¿QUÉ IGLESIA, QUÉ SOCIEDAD?

Una lectura social de la carta a los Efesios

A muchos aficionados al cine nos impactó la película de A. Amenábar, *Ágora*. Es cierto que, desde el punto de vista cinematográfico no es su mejor logro. También es verdad que, más allá de su buena hechura formal, deja poco entusiasmados a los críticos de cine. Pero no pocos espectadores de a pie, sobre todo si son cristianos, quedan pensativos viendo un film de esa índole. Es muy posible, como dicen sus detractores (J. Trillo Figueroa, por ejemplo), que la fantasía de cineasta choque con aspectos históricos concretos. Pero eso no altera el estremecimiento de fondo: ¿Qué ha pasado con el Evangelio? ¿Cómo la comunidad cristiana no ha encontrado el cauce marcado por aquel? Es verdad, no se puede dudar, de que muchas personas concretas, muchas comunidades de seguidores de Jesús han atinado y han vivido en parámetros de alta calidad evangélica. Son los profetas a quienes debemos mucho. Pero colectivamente, socialmente, algo ha fallado. Por eso, tratar de releer los viejos escritos atribuidos a Pablo desde una nueva perspectiva, más social y más utópica, como luego diremos, quizá puede ayudarnos a retomar el viejo sueño de Jesús, empolvado y desvaído, con un vigor del que estamos muy necesitados en esta hora de turbulencias.

Siempre ha habido ateos en el mismo camino de la experiencia creyente, aunque ésta los haya calificado de “necios” (Sal 14,1). Pero nunca como hoy han sido tantos, grandes capas de la población, por lo que el calificativo de necios ya no puede ser aceptable. Además, jamás como en nuestros tiempos los ateos se han manifestado, muchos de ellos, con tanta tolerancia, sensatez y respeto. Todo ello no les apea, sino que les confirma, de la simple idea de que, sin iglesias, el mundo, la historia hubiera sido mucho mejor, mucho más humana. Han llegado a la conclusión de que las religiones, y en concreto la católica, han sido un lastre histórico que nos sitúa en la época de las cavernas. Más aún, en el seno mismo de la comunidad creyente se han levantado voces muy críticas en esta misma dirección: “El pensamiento mágico nace incrustado dentro del sentido religioso de todos los tiempos. Es como el gusano de la carcoma que avanza insidiosamente y, para cuando se deja notar, ya ha construido miles de galerías que han vaciado la madera y fragilizado el edificio hasta hacerlo caer. La entera edificación de las iglesias cristianas, su entramado de dogmas, sacramentos, leyes y estructuras está roído por la carcoma de la magia y no tienen futuro. Es estéril y hasta nocivo el esfuerzo institucional por apuntalar el edificio... Sin embargo, el inevitable derrumbamiento de la Iglesia no arrumba la esperanza de ver reverdecer en el desierto el testimonio revolucionario del Maestro de Nazaret. Glosando al teólogo Tillich: “Jesús resucitará de la tumba de esta iglesia” (J.L.Herrero del Pozo, *Testimonio y reflexión*, contraportada).

Si a esto se añade el problema no resuelto de la relación honda de la historia con Dios, el resultado es claro y lo expresa muy bien Saramago cuando dice que "Ni él (Dios) nos entiende a nosotros, ni nosotros le entendemos a él. Son dos entidades que no se han entendido, no se están entendiendo y no se entenderán" (J. Saramago, *La muerte es la inventora*, p.12). Y nunca se entenderán porque tanto este ateo como no pocos creyentes consideran a Dios como un absoluto. Y de ahí a proponer la misma religión como absoluto hay un paso. ¿Podría la Palabra sacarnos de este impasse? Hay quien piensa que no. El mismo Saramago dice que el Dios de la Biblia no es de fiar. Pero, en realidad, podremos encontrar en textos como la carta a los Efesios una luz para entender mejor el correcto lugar de la comunidad cristiana en el conjunto de la sociedad y las aportaciones, beneficiosas, que podría ofrecer.

Una lectura social de la Palabra podría ser herramienta hermenéutica para tal logro. ¿Cómo sería una tal lectura? Aquella que acoge las inquietudes que se abren paso en los fondos de nuestra cultura actual. Y la cuestión religiosa, en su variada amplitud, es una de ellas. Aquella que no se enquistaba, a priori, en posiciones tomadas ya que sabe que el fondo de la ideología muta y, por supuesto, también las formas. Sería una lectura que cada vez mira con más recelo a los planteamientos dogmáticos que no se cuestionan nunca, sino que es hija del no-saber, de la sospecha y del interrogante. Pero, a la vez, no renuncia a la búsqueda y experimentación de certezas que alimenten el dinamismo humano e iluminen la senda, nunca fácil, del caminar histórico.

Desde aquí podemos volver la mirada sobre este texto deuteropaulino que denominamos como carta a los Efesios. Efectivamente, es un texto escrito en la cárcel, muy relacionado con Colosenses y conocedor de los escritos paulinos auténticos. No es, pues, de Pablo, ni por fecha (es de entre el 80 y el 100 a.C.), ni por destinatarios (no fijados de antemano), ni por lenguaje (muy semítico) o vocabulario, ni por construcción gramatical. Incluso ciertos temas como el asentamiento de la comunidad en los profetas y apóstoles, no en Cristo, le son ajenos al primer Pablo (comparar Ef 2,20-21 con 1 Cor 1,26). Sin embargo, puede ser muy útil para desvelar el estilo de iglesia al que puede estar llamada la comunidad de Jesús. Fundamentalmente a una formidable tarea reconciliadora en el seno de una sociedad, de una estructura humana, marcada por el conflicto. Quizá ahí pueda situarse la correcta perspectiva de lectura de este texto.

Es preciso advertir que, a nuestro modo de ver, es perder energías tratar de articular una eclesiología en sentido teológico estricto. Ni por fecha, ni posiblemente por intención, sea esta cuestión atribuible a este autor. Nuestra lectura sincrónica tratará de desvelar la dinámica espiritual de la experiencia comunitaria de un grupo de creyentes que, cuando comienzan a ser numerosos, se preguntan cuál es su identidad como comunidad cristiana y cuál su papel en el seno de la sociedad de la que hacen parte.

1. Lectura sincrónica

1. Lo fundamental: tarea reconciliadora de la comunidad humana

Iniciemos nuestra lectura sincrónica por lo fundamental: según Efesios, lo que Dios quiere realizar en la historia, y en lo que la comunidad cristiana ha de jugar un papel activo, es poner en pie una gran obra de reconciliación. Viene dicho desde el himno-pórtico de la carta: Dios "nos ha revelado su designio secreto" (*Gnôrisas hêmîn*

to mystêrion tou thelêmatos autou, 1,9), su sueño más querido: “llevar la historia a su plenitud, haciendo la unidad del universo por medio del Mesías Jesús, de lo terrestre y de lo celeste” (*Eis oikonomian tou plêrômatos tôn kairôn, anakephalaiôsasthai ta panta en tô Khristô, ta epi tois ouranois kai ta epi tês gês en autô*, 1,10). Esta es la gran obra que Jesús y su Espíritu van haciendo en la historia: una unificación que apunte a la plenitud. Incluso lo cósmico, “lo celeste” entra en esta dinámica. Resuenan como llenos de sentido los planteamientos del P. Teilhard de Chardin cuando hablaba en sus obras del famoso “punto Omega” en el que confluirá el universo teniendo por centro a Cristo (Cf P. Teilhard de Chardin, *Himno al universo*, p.16-22). De ahí que, como luego se dirá, los esfuerzos de la comunidad creyente tienen que estar orientados en esa misma dirección: hacer obra de reconciliación de confluencia, de unificación, de fraterna globalización.

Para mostrar la posibilidad y hasta la evidencia de esta gran certeza creyente, Efesios recurre a lo que ha ocurrido en la misma comunidad cristiana: de dos pueblos (el pagano y el judío), Jesús ha hecho un solo pueblo: “de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria... así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva” (*Hina tous duo ktisê en autô eis hena kainon anthrôpon poiôn eirênên*, 2,15b). Esta evidencia de la humanidad nueva, reconciliada, ha de ser la gran aspiración de la comunidad. Su gran tarea, trabajar en la línea de la reconciliación social.

La herramienta y el fruto de esta tarea de reconciliación es, sin duda, el logro de la paz. Efesios actualiza una frase de Isaías: Por Jesús, Dios “anunció la paz a los que estabais lejos y la paz a los que estaban cerca” (Is 57,19; *Euêngelisato eirênên hymin tois markan kai eirênên tois engys*, 2,15). La paz es el rostro de la reconciliación y ésta la certeza de que la comunidad camina en la línea del secreto designio, del sueño de Dios sobre la historia. Esa es la manera de tener “acceso al Padre” (*Pros ton patera*, 2,18b). Todo se nubla cuando se pierde esta orientación reconciliadora; el camino histórico de la comunidad se ilumina cuando se camina en esa dirección.

Este es el cimiento sobre el que se construye el verdadero “cuerpo” de la comunidad y de la sociedad. Así se construye el verdadero templo, el “templo consagrado al Señor” (*Naon hagion en kyriô*, 2,21b), el edificio de una vida humanizada. Esta obra nueva y magnífica no la construye únicamente la comunidad cristiana, sino que ha de hacerlo “con los demás”, con toda persona. Evidentemente no estamos hablando de templos religiosos (hasta la metáfora está superada, aunque tiene su novedad al plantear un templo no religioso), sino de un tipo de relación social armónica, respetuosa, pacificada y, en suma, fraterna. Anidan aquí los mejores sueños de la utopía cristiana y de Dios mismo. Relegarlos por inalcanzables es renunciar a lo mejor del horizonte evangélico.

2) Jesús pertenece a la humanidad

Esta certeza de que la comunidad tiene como meta colaborar en la gran obra de reconciliación de la historia se asienta sobre otra certeza indudable: Jesús pertenece a todos, no se puede reducirlo al ámbito de quienes creen en él. Jesús y sus valores son patrimonio de la historia. Es cierto, dice Efesios, que en el designio de Dios estaba el hacer de Israel, de “nosotros” su heredad “para que quienes ya esperábamos en el Mesías fuéramos himno de su gloria” (*Eis to einai hêmas eis epainon doxês autou tous proêlpikotas en tô Khristô*, 1,12). Efectivamente, el autor cree que en Jesús llegan a su

culmen las promesas hechas a Israel. Por eso, y como es lógico, Jesús es, de alguna manera, patrimonio específico del pueblo judío y hace parte de su horizonte espiritual.

Pero también lo es de los paganos, de aquellos que caen fuera de las fronteras étnicas de Israel. Quienes han escuchado “el mensaje de la verdad, la buena noticia de la salvación” (*Ton logon tês alêthêias, to euangelion tês sôtêrias hymôn*, 1,13a), por ese medio, han pasado a tener también como patrimonio vital los valores y la propuesta de Jesús. Así han sido “sellados con el Espíritu Santo prometido” (*Esphragisthête tô pneumati*, 1,13b). Lo que quiere decir que han entrado de lleno en el movimiento integrador y salvífico de la historia según el designio de Dios.

Tanto unos, judíos, como otros, paganos, serán así “himno a su gloria” (*Eis epainon doxês*, 1,12), es decir, evidencia de que el designio del Padre es universal porque la pertenencia de Jesús es a la historia, no únicamente a una religión.

3) *La comunidad cristiana anunciadora del designio de reconciliación*

Si el designio es, como decimos, el anuncio de una gran obra de reconciliación que Dios quiere ir haciendo en la historia, por medio de Jesús, la comunidad cristiana, más que anuncio explícito de contenidos religiosos, habría de ser mensajera del designio. Y eso ha de hacerlo, lógicamente, controlando cualquier discriminación de religión o de raza.

Así es. El designio de Dios es que “por medio de la comunidad, se den a conocer las múltiples formas de la sabiduría de Dios” (*Hina gnôristhê...dia tês ekklêsias hê polypoikilos sophia tou Theou*, 3,10). La comunidad, en lugar de hacer ninguna clase de proselitismo religioso, ha de intentar hacer ver que “la sabiduría de Dios”, su manera de entendernos en igualdad por encima de cualquier adscripción religiosa, es “múltiple”, que sus caminos son diversos, no únicos. Esto habría de llevar a la conexión con toda persona, con toda realidad, puesto que todas quedan englobadas en esa sabiduría de Dios que busca la plenitud de la persona.

Para que esto quede concretado y con rostro histórico, Efesios dice que ese designio de Dios se “ha llevado a efecto mediante el Mesías, Jesús Señor nuestro” (*En tô Khristô Iêsou tô kyriô hêmôn*, 3,11b). Piensa el autor que los valores del Evangelio son útiles y suficientes para comprender el designio de Dios y apuntarse a una obra efectiva de reconciliación. No es una propuesta que excluya a otros caminos porque entonces se irían con el “múltiple” actuar de Dios. Pero, creyendo que lo de Jesús es bueno, la comunidad lo propone como un camino válido.

Si esto es así, la múltiple sabiduría de Dios es inclusiva de cualquier camino humano y, por ello, quedan superadas las discriminaciones por razones de raza, religión o cualquier otra razón que se aduzca. De tal manera que toda persona podría acercarse a Dios sin temor y sin intermediarios, “con la osadía que da la fe en él” (*En hô ekhomen tèn parrêsian... dia tês pisteôs autou*, 3,12). Piensa Efesios que esta libertad es el efecto de la adhesión a Jesús. De tal manera que no se han de temer las dificultades inherentes a una propuesta de universalismo. Esas dificultades son para el autor y pueden serlo para la comunidad “su gloria” (*Doxa hymôn*, 3,13b).

4) *La imprescindible unidad, en la diversidad*

El tema de la reconciliación es la forma suprema de la unidad humana y comunitaria. Por eso, no ha de extrañar que Efesios, retomando la metáfora del cuerpo muy empleada en la literatura de la época y que san Pablo mismo utiliza (1 Cor 12,12ss), elabore una espiritualidad de la unidad en la diversidad ante la evidencia de que la comunidad está llamada a unir a paganos y a judíos, es decir, a toda persona. Una comunidad que brota de la uniformidad no estaría capacitada para hablar de la reconciliación como designio de Dios. Es más bien el camino de la diversidad coordinada, de la libre pertenencia el que sugiere la metáfora del cuerpo y sus miembros en coordinación.

La exhortación a mantener la unidad de manera “esforzada” está hablando de la dificultad que entraña la empresa (*Spoudazontes terein tèn henotêta tou pneumatos en tô syndesmô tês eirênês*, 4,3). La imagen del cuerpo coordinado en sus miembros le viene muy bien al autor para decir que este don pluriforme de Dios a la comunidad tiene como finalidad “equipar a los consagrados para la tarea del servicio” (*Pros ton katartismôn tòn hagiôn eis ergon diakonias*, 4,12). Se trata de un servicio enmarcado en el paradigma de la pluralidad, de la universalidad. Por eso, la comunidad ha de ser pluriforme como también lo es la manera de percibir, animar y vivir la tarea reconciliadora en el mundo.

Este difícil camino de coordinar fuerzas, experiencias, vivencias, caminos, tiene como meta “alcanzar la unidad que es el fruto de la fe... la edad adulta” (*Katantêsomen ten henotêta tês pisteôs... eis andra teleion*, 4,13). La unidad del final no es para nada una limitadora uniformidad, sino el logrado triunfo de una creación orientada a su plenitud. Únicamente si se tiene claro este horizonte se pueden sortear tanto el peligro de la uniformidad como el de la disgregación que lleve a difuminar la experiencia creyente. Esto dará una reciedumbre a los miembros de la comunidad que ya no serán “zarandeados y a la deriva por cualquier clase de ventolera de doctrina, a merced de individuos tramposos” (*Klydônizomenoi kai peripheromenoi panti anemô tês didaskalias en tê kubeia tòn anthrôpôn en panourgia pros tèn methodeian tês planês*, 4,14). Evidentemente la espiritualidad de la pluriformidad es siempre arriesgada. Pero es la más adecuada para conectar con el camino de la reconciliación. Por el de la dura y rígida uniformidad se deriva en la exclusión y se malogra el designio unificador del Padre.

5) Una experiencia espiritual

Haciendo un esfuerzo por situarse en las raíces de esta manera de entender la vida y la fe, Efesios apela a una espiritualidad elemental pero de hondo arraigo. El anhelo más básico es que los miembros de la comunidad lleguen a tener un “interior robusto” (*Dynamei krataiôthênai dia tou pneumatos autou eis ton esô anthrôpon*, 3,16). La misión de la reconciliación, el designio de Dios, no puede asentarse sobre un interior quebradizo y de poca resistencia. Al contrario, en la resistencia y fidelidad habita la esperanza de esta clase de planteamientos. Además, se requiere un estar firmemente “arraigados en el amor” (*En tais kardiais hymôn*, 3,17). Así es, ya que cumplir la vocación que Dios ha dado a la comunidad de colaborar en la reconciliación de lo creado solamente es posible si se ama a la historia en la que se vive. El arraigo en el amor es más que simples actos; está hecho de fidelidad, resistencia, compasión y colaboración.

Desde esa base antropológica se podrá pretender conocer “el amor del Mesías” (*Agapên tou Khristou*, 3,19). Es decir, se podrá asomarse el secreto de los planteamientos de Jesús que tienen a la persona por absoluto, dado que Dios mismo se ha puesto al servicio de lo humano en la encarnación. E, incluso, no es un sueño el aspirar a conectar con “la plenitud de Dios”, el ancho corazón del Padre, del Dios que se relaciona con la historia. Es a través de una historia reconciliada con él como puede uno acercarse a estas ultimidades de la experiencia creyente.

Podría parecer que todo esto es una vanidad propia de iluminados o un anhelo absolutamente inalcanzable para la persona. Pero hay “una potencia que actúa en nosotros” (*Tên dynamin tên energoumenên en hêmyn*, 3,20). Tal potencia no es sino la obra de Jesús, de su espíritu que, en el fondo de la historia, hace una formidable obra de reconversión histórica (Jn 16,8-11). Por eso, en el anhelo de construir esta espiritualidad no es que la persona se halle dejada a sus fuerzas, sino que cuenta con la ayuda definitiva del Espíritu de Jesús que actúa en las bases de la vida.

6) *A la hora de concretar*

Es aquí donde Efesios “hace aguas”, hasta ser, para algunos, un texto decepcionante. Cuando Efesios trata de poner la anterior espiritualidad en clave diaria no sabe romper los códigos domésticos de la época. La novedad que había intuido no le lleva a modificar el *estatus quo* de su medio social. El principio clave de toda relación social es, para el autor, “la docilidad” (*Hypotassomenoi*, 5,21), no tanto la libertad. Tal vez era demasiado pedir.

Por eso, la relación hombre-mujer no está planteada en los modos de una elemental igualdad, aunque trate de rodearla de respeto. La mujer ha de ser dócil a su marido “como la Iglesia es dócil al Mesías” (*Alla ôs hé ekklêsia hypotassetai tô Khristô*, 5,24a). Utilizar el hecho creyente para explicar el sistema social imperante es muy arriesgado. Es cierto que, siguiendo la propuesta de Gn 2,24 que también el Evangelio recoge (Mc 10,6-7), se propone que el fuerte, el hombre, abandone su terreno y pase al del débil, la mujer, para que sean “una sola carne”, una unidad nueva, reconciliada en la guerra de sexos que, posiblemente, funciona desde los albores de la humanidad. Pero eso no es suficiente para construir una relación de estricta igualdad porque la cosa sigue estando en manos del fuerte.

Con más razón, lo mismo ocurre en la relación padres-hijos, apelando de nuevo al paradigma marcado ya en el AT (Ex 20,12). ¿Dónde queda ahí la novedad que aporta el espíritu de Jesús en materia de igualdad, libertad y colaboración? Aunque se insta a los padres a que “no exasperen a sus hijos” (*Mê parorgizete ta tekna hymôn*, 6,4), lo cierto es que el modelo androcéntrico continúa intacto.

Como era de esperar, el principio de docilidad se traduce en mera sumisión cuando se habla de las relaciones amo-esclavo. Es cierto que resultaba muy difícil para un ciudadano del Mediterráneo en el s.I ser abolicionista en temas de esclavitud. Pero, derivando de la espiritualidad de la reconciliación universal que tiene a la base la mera igualdad, se esperaría otra cosa. De cualquier manera la expresión “como esclavos de Cristo” (*Hôs douloi Khristou*, 6,6) es absolutamente inaceptable en nuestro contexto. El recuerdo a los amos de que ellos también tienen “un amo en el cielo” (*Eidotes hoti kai autôn kai hymôn ho kyrios estin en ouranois*, 6,9) no parece suficiente.

2. Derivaciones sociales

Como decía el pasado Sínodo de los Obispos, la Palabra es acompañante del camino humano: ““Porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra del Señor” (Is 2,3). La Palabra de Dios personificada ‘sale’ de su casa, del templo, y se encamina a lo largo de los caminos del mundo para encontrar la gran peregrinación que los pueblos de la tierra han emprendido en la búsqueda de la verdad, de la justicia y de la paz. Existe, en efecto, también en la moderna ciudad secularizada, en sus plazas, y en sus calles - donde parecen reinar la incredulidad y la indiferencia, donde el mal parece prevalecer sobre el bien, creando la impresión de la victoria de Babilonia sobre Jerusalén - un deseo escondido, una esperanza germinal, una conmoción de esperanza. Como se lee en el libro del profeta Amos, ‘vienen días - dice Dios, el Señor - en los cuales enviaré hambre a la tierra. No de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios’ (8, 11)”, (*El Sínodo sobre la Palabra de Dios*, p.51). Hay, efectivamente, en el interior de no pocas personas, un hambre de sentido, de razón, de verdad, una fuerza por encararse con los ocultos porqués de la vida. Quizá sea ahí donde la Palabra pueda decirnos algo, siempre que se la antropologice, se la ponga en conexión con los caminos reales de la persona y sus problemas acuciantes. Así es, una lectura *descendente* de la Palabra (una Palabra que viene del cielo a iluminar) quizá no sea útil para la persona de hoy. Mientras que una Palabra *ascendente* (que parte del fondo del hecho humano para elevarse hasta el sentido mismo que, en lenguaje religioso llamamos Dios) puede que nos sirva. Desde ahí tratamos de sacar algunas derivaciones sociales a la luz del texto de Efesios.

- 1) *La imperiosa necesidad de un trabajo de reconciliación, confluencia y unificación*: Es el trabajo al que están llamadas las religiones, también la cristiana. Así lo ha visto, o al menos presentado, el autor de Efesios. Es una necesidad imperiosa, ya que llevamos muchos siglos bajo la insostenible certeza de que las religiones, en general, están contribuyendo a lo contrario. Posiblemente todas, y la cristiana en particular, tienen en su origen, en sus fundadores, el anhelo de un mundo en paz, confluyente, fraterno. Pero algo hace que esa utopía inicial no sepa encontrar, hablando de un modo general, los cauces adecuados. ¿Es únicamente el hecho de haberse echado en brazos del mecanismo peligroso de la religión? ¿O es algo más profundo? ¿No habrá que intentar humanizar la animalidad que hace parte de las estructuras más hondas de la persona, el “cainismo” que, con excesiva frecuencia, es el dinamismo por el que funcionan las personas y las culturas? (Cf A.Wenin, *La Bible ou la violence*, p. 62-66). Las religiones están llamadas a descender a ese sótano profundo y desmontar los mecanismos que bloquean todo proceso de unificación. A nivel personal se trata de controlar el mecanismo de juicio, el de apropiación, y el de responder con rechazo al amor rechazado. A nivel social habría que desactivar el mecanismo de “la caverna” (mi casa, mi cultura, mi religión, mi país, es el mejor, quizá el único; los demás son potencialmente peligrosos), el mecanismo del dominio como sistema de vida y el de la ignorancia de la pertenencia a lo universal que nos descuelga de la realidad. Aun con todo esto, los trabajos de confluencia, recapitulación, orientación común, plenitud social siempre serán arduos en esta fase inicial de la historia humana en la que aún estamos.

- 2) *La necesidad de trabajar los perdones sociales:* Cuando Juan Pablo II trazó en la *Novo Millennio Ineunte* los objetivos pastorales del nuevo milenio, puso, como uno de ellos el sacramento de la reconciliación (nº 37). Sin desdeñar ese planteamiento, ¿no estaría llamada la comunidad cristiana al cultivo, anhelo y colaboración para el logro de perdones sociales, más que religiosos? Efesios tiene como núcleo el anhelo de una reconciliación universal que supera el ámbito de las limitaciones morales o religiosas. Su marco referencial es la historia misma. Si se quiere ir caminando, siquiera modestamente, en la dirección de una reconciliación histórica los perdones sociales son pasos decisivos que nos acercan a ella. El perdón político, la justicia laboral, la relación Norte-Sur con su cúmulo enorme de injusticias, los desequilibrios culturales, la exclusión de la información, la manipulación mediática que vende la mentira como verdad, etc., son grandes pecados estructurales que es preciso trabajar en pro de la humanización y del acercamiento, por modesto que sea, a la confluencia universal, a la dicha común. El perdón religioso es camino menor al lado de estos grandes perdones. Ahí habrían de estar en primera fila todas las religiones.
- 3) *El reto específico de la paz:* Porque ese es el signo visible, según Efesios, de que se ha comprendido bien la finalidad elemental de la comunidad cristiana. Si la paz está ausente, se puede deducir que esta u otra religión no está atinando en su objetivo fundamental. La gran pregunta que el futuro hará a todas las religiones es, sin duda, ésta: ¿Qué hicisteis por la paz? Las religiones, salvo honrosas excepciones, no ha logrado dar respuesta colectiva a esta pregunta. Aún es tiempo siempre que este reto sea encajado. Quizá haya que comenzar por valorar los pequeños logros en ese camino, más que por el estéril lamento o el anhelo de indudable buena voluntad pero de dudosa eficacia. Señalamos tres logros relativamente recientes: En mayo de 2007 se forma un gobierno de paz en Irlanda del Norte. Cuarenta años de guerra fratricida; más de tres mil muertos, miles y miles de heridos, innumerables familias destrozadas. Y, sin embargo, tras un calvario tan largo, ¡se llega a la paz! ¿Qué comunidad cristiana celebró ese día este acuerdo, quién agradeció al Señor por los “artífices” de esta paz? Aquel día el corazón del Padre, ansioso de paz, se estremeció de amor por sus hijos los hombres que, a pesar de todo, siguen buscando la paz. En noviembre de 2007 se firmó en la ONU una moratoria de la pena de muerte, rogando a los países que aún la tienen en la legislación que no la apliquen, cosa que, evidentemente, aún no hacen. Pero imaginemos que llegamos a la abolición de la pena de muerte legal. Un paso enorme hacia aquel mundo nuevo soñado por Ap 21,4 en que ya no habrá “*ni muerte ni luto ni llanto*”. Si abolimos una causa de muerte, quizá podamos soñar con abolir todas. ¿Cuántas de nuestras comunidades se estremecieron de júbilo ante una noticia así? No creamos que estamos hablando de poca cosa: a pesar del secretismo que rodean estos hechos (¡por qué será!) se sabe que en el 2006 fueron ajusticiadas legalmente más de dos mil quinientas personas en el mundo. En el 2007 parece que fueron unas mil doscientas setenta. Es cierto que hay otras muchas causas de muertes (guerras, terrorismo, violencias de género, etc.). Pero si “taponamos” una de las bocas de la muerte, su dentellada será menos dura, el día del Reino estará más próximo. La implicación en estos caminos hace verificable el tema de la paz porque, si no se “palpara”, ¿cómo íbamos a estar ciertos de que caminábamos hacia la plenitud del cosmos?

- 4) *El ideal de la humanización como ideal de fe:* Porque, con frecuencia, queda tipificado por las religiones como ideal social, con lo que, al parecer, se le rebaja de categoría ya que prima todavía la superioridad del absoluto que es Dios. Sin embargo, cada día aparece con más claridad la evidencia de que generar y contribuir al proceso de humanización de la historia puede ser un ideal asumido por las religiones. De alguna manera, Efesios respira por ese lado, aunque, como es lógico, pertenezca y piense con paradigmas religiosos. También el autor cree que los paganos, toda persona, “han escuchado el mensaje de la salvación” porque a ellos iba también dirigido. Por tanto se puede considerar esa humanización integral como meta de la acción creyente. No es fácil apuntar a este anhelo con el deseo de convertirlo en una certeza si las religiones no hacen lo que Gadamer llamaba una “fusión de horizontes”, es decir, el fundir horizontes desde perspectivas diversas para alumbrar una realidad indiscutible: el valor innegociable de lo creado entendido y vivido en modos de fraternidad humana. Desde esta perspectiva la teología católica ha percibido que la pasión por lo humano y la pasión por Dios son realidades imbricadas. Es posible que esta realidad sea inalcanzable sin una especie de profesión de fe explícita en la persona. “Esta relativización del pasado y del presente, y esta apertura al futuro exigen una ilimitada fe en las posibilidades del hombre. Este es quizá el punto más difícil, la fe más ardua para el cristiano. El contacto diario con la mediocridad, mezquindad y ambición propia y ajena; con el temor al riesgo y la búsqueda de la seguridad; con el materialismo que pone la propia subsistencia y comodidad por encima de los ideales de justicia; con la renuncia a la responsabilidad personal, abdicando la libertad a favor del alguien que solucione los problemas; con la insolidaridad, crea tentaciones permanentes capaces de descorazonar y hacer renunciar a la labor de cambio” (J. Mateos, *El horizonte humano*, p.166). Es preciso resistir a esa clase de tentaciones. La palabra puede ser aliento en ese combate.
- 5) *El necesario templo de una vida humanizada:* Casi todas las religiones, de una u otra manera, han hecho de los templos unos “lugares sagrados” donde, según ellas, se adensa la presencia de Dios. Hasta tal punto de que nos resulta difícil imaginar una religión sin templos. Pero en el NT hay otra veta: Rom 12,1 dice que “el verdadero culto” es una vida justa ofrecida a Dios en los modos de la fraternidad. El vidente de Ap 21,22 dice que en la nueva Jerusalén, en la ciudad de futuro y de la dicha, en el Reino pleno, “templo no vi ninguno”. Efesios se alía en esa dirección y dice que el verdadero “templo consagrado a Dios” es la evidencia de que toda persona, judíos y paganos, están edificando una realidad armónica, interaccionada, fraterna. Ese templo de una vida humanizada es aquel que la comunidad cristiana está llamada a construir. Esta certeza se acrecienta cuando se piensa en cómo incluir en el templo de la humanización a los pueblos pobres, excluidos por el sistema de tal dicha. “Casaldáliga, dice J. Sobrino, recalca el dinamismo más específico de la fe cristiana: la voluntad de Dios de ‘ser real’, de acercarse, de no distanciarse de nuestro mundo. Y como esa realidad, ayer como hoy –con la excepción de las islas de abundancia, escandalosas, insultantes-, son los pobres y los pueblos crucificados, el cristianismo entra en sintonía con ese Dios cuando es él mismo pobre o abajado y solidario con los pobres” (XIX Congreso de Teología, *El cristianismo ante el siglo XXI*, p.162). En esta clase de apreciaciones se juega la comunidad la

certeza asumida de que el templo de lo humano, de lo justo, es decisivo en la construcción de su experiencia creyente.

- 6) *Contra la privatización de la persona del Jesús histórico*: La religión católica ha tendido a privatizar la persona y mensaje del Jesús histórico. Es cierto que él es el quicio de la experiencia cristiana. Pero también es verdad, como dice Efesios, que Jesús y su mensaje pertenece a todos, judíos y paganos, que toda persona puede acercarse a él si está interesado por un camino humano y espiritual. Estas personas reivindican, en primer lugar, el derecho de los ateos y no creyentes a cultivar la espiritualidad. La espiritualidad entendida como la parte de la persona que es capaz de confrontarse con el misterio del ser, llámese infinito, eternidad o absoluto. Ni el nihilismo, ni el dogmatismo, ni el fanatismo, deben impedir que se tenga en cuenta esta dimensión humana decisiva (Cf A. Comté-Sponville, *El alma del ateísmo*, p.12ss). Desde ahí se puede entender que los valores que Jesús vive y representa hacen parte del acervo espiritual de la humanidad que llevará a la plenitud que soñamos. No habría de causar “pesar” a los creyentes en Jesús que su persona sea patrimonio de todos. De alguna manera se cumple en Jesús aquello que cantaba R. Alberti: “No es más hondo el poeta en su oscuro subsuelo/ encerrado./ Su canto asciende a más profundo cuando,/ abierto en el aire, ya es de todos los hombres”. Así, este Jesús “de toda persona” empuja a la humanidad en el anhelo y el trabajo de su propio logro.
- 7) *Los espirituales que cambian el mundo*: La humanización deseada no se ha de conseguir por su propio pie. Hay personas que contribuyen decididamente a impulsar ese camino. El cristiano tiene por cierto que la persona de Jesús ha sido decisiva en este afán. Efesios proclama que el designio de Dios se “ha llevado a efecto mediante el Mesías, Jesús Señor nuestro” (3,11b). Así es: él ha sido de los grandes impulsores del hecho histórico porque él ha amado como nadie este camino de humanidad. La misma divinidad de Jesús, de acuerdo con los Evangelios, no le viene tanto por su pertenencia a lo divino, cuanto por su terrible bajada al cimiento de lo humano, por su vocación al pueblo, por su amor a fondo perdido al caminar humano, tal como lo proclama el himno de Filip 2,6-11. No puede menos de ser Dios quien ha amado tan profundamente a la historia. Y, junto con él, otras personas han sido decisivas en este trabajo ingente de impulsar el hecho histórico en la dirección de su plenitud: “El caso de Francisco de Asís, más cercano, que en muy pocos años arrastró tras de sí a cientos de seguidores, nos permite imaginar esa conmoción para no desvelar su secreto. El triunfo de estos gigantes personajes, que aparecen solitarios, entregados a su misión, minúsculos en su arranque, y que han cambiado el mundo, continúa siendo para mí un misterio” (J.A.Marina, *Dictamen*, p.104).
- 8) *Múltiples caminos*: Una experiencia religiosa cerrada ha llevado a creer que el camino de acceso a Dios, la misma espiritualidad, era cosa de un solo camino: el profesado por la propia religión. Pero, en realidad, los caminos son múltiples: el de la ciencia cuando es búsqueda imparable de la verdad; el de la inteligencia constructora, creadora y artística, cuando transita los caminos de la belleza; el de las estructuras democráticas que, por frágiles que se las vea, son indudable y, a veces, único cauce de humanización; el del pensamiento, la poesía y la literatura en general, que es creatividad profunda y viva; el de las modernas tecnologías que ponen en pie la aldea global soñada por muchos, etc. Muchos son los

caminos para ahondar en el sentido de la vida y para bajar a ese sótano de la existencia donde Dios ha puesto su morada (Jn 14,23). Valorar esos cauces sin la necesidad de “bautizarlos” es un trabajo que ha de realizar la comunidad cristiana inmersa en el mundo de hoy. “Hay analistas que concluyen que la espiritualidad enmarcada en la vivencia religiosa que hemos heredado corresponde a una época de sociedades agrarias, ya que en el paleolítico no parece que haya religiones organizadas. O que esta vivencia corresponde al “tiempo axial” de la cultura humana que se produjo en el milenio anterior a Cristo, tiempo de densificación de la conciencia humana, privilegiado momento de impulso en la humanización. Desde ahí se preguntan si no estaremos en un tiempo posaxial nuevo (“deutero axial” lo llaman) en que aparecerá un tipo de experiencia religiosa más allá de las religiones, situada en experiencias personales e intransferibles de lo trascendente” (F. Aizpurúa, *La espiritualidad bíblica*, p.18). Pues bien, este tipo de experiencia personal e intransferible está sembrada a lo largo de las múltiples sendas de la vida.

9) *Libres de pertenecer*: En esta breve fórmula que T. Radcliffe aplicada al voto religioso de obediencia (*El manantial de la esperanza*, p.77) se resume la manera de ser comunidad que Efesios mismo postula. Esto es lo que puede descubrir una nueva idea de pertenencia: no aquella que excluye a quienes no piensan y sienten como yo, incluso a los que no son de mi religión, sino aquella que incluye a toda persona interesada en la construcción de un verdadero proceso de humanización. Esto emplaza, para empezar, a las grandes religiones monoteístas: “Lo primero que las religiones deben hacer es acabar con el desastroso espectáculo de sus divisiones. Esto es válido sobre todo pero no exclusivamente para las tres religiones monoteístas, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo que deben emprender un diálogo a dos bandas y luego a tres, un diálogo sincero en el que se estudien los fundamentos comunes de la religiosidad de Abrahán, los puntos en los que cada uno de los respectivos maestros de las generaciones posteriores pusieron el acento, aquellos que precisamente legitiman la existencia de la diversidad en las distintas expresiones del mensaje abrahámico... Celebrando alborozados tanto las convergencias que nos descubren próximos como las divergencias que nos hacen reconocernos como complementarios. Juntos constataremos que es más lo que nos une y lo exaltaremos, que lo que nos separa y que aprenderemos a respetarlo” (B.Garzón, en XIC Congreso, *El cristianismo*, p.143). Mientras no se descubra la libre pertenencia, la certeza de hacer parte de un gran proyecto de humanización querido y deseado, las garras del exclusivismo religioso nos atraparán hasta ahogarnos. Documentos como *Dominus Iesus* del año 2000 habrían de ser profundamente revisados.

10) *El logro de una fe adulta*: Lo es para el autor de Efesios: una fe adulta es aquella que apunta al logro pleno de un horizonte de humanización, primera etapa del Reinado de Dios. Creer como adultos no hace referencia a una fe ideológica sin fisuras, capaz de dar razones aun para lo que no lo tiene. No es tampoco el enquistamiento de quien piensa que en nada tiene que dar el brazo a torcer. No es el corporativismo religioso que se defiende de cualquier ataque que se le haga. Una fe adulta es la que está interesada por el futuro de la humanidad, que trabaja para que ese futuro sea realmente más humano y dichoso para toda persona, la que se conmueve ante los logros positivos y globales que anuncian el

Reino y la que se duele ante los exclusivismos aún vigentes. Una fe adulta es la que antropologiza la experiencia espiritual mezclándola a los procesos vitales más básicos, más elementales, más fundamentales. Cuando M. Légaut hablaba de la posibilidad de poner en pie una auténtica experiencia espiritual cristiana partía de la dificultad del cristiano de origen y de formación para ponerse al mismo nivel que cualquier persona, pero decía que éste debe aprender a recibir de los hombres antes de pretender darles nada. También sugería que el cristiano tiene que olvidar mucho para saber mejor lo que sabe y vivir más de ello. Atinaba cuando sugería que el cristiano debe tener la paciencia de las largas demoras que le permitan ser aceptado como igual en cualquier ámbito social. También que habría de negarse a abandonar el último lugar, aun en el caso de que le llamen a un puesto más elevado (*Creer en la Iglesia del futuro*, p.168ss). Estas son las sendas que realmente pueden llevar a una fe adulta.

11) *Un sueño lícito*: Que puede derivarse de la espiritualidad de Efesios: apuntar hacia una fraternidad cósmica. Ello equivale a decir que en el proceso de reconciliación y unificación de lo creado, las cosas no pueden quedar al margen. Tal vez otras religiones han sido más sensibles que el cristianismo a la pertenencia creatural. Así lo proclama, por ejemplo, el hinduismo: La consecuencia práctica del carácter divino de la creación entera es que todo es digno de respeto, amor y veneración, y que la mejor manera de servir y amar a Dios es amar y servir a sus manifestaciones visibles, es decir, a todos los seres: no sólo los hombres son divinos, sino también los demás entes, racionales e irracionales, vivos y no vivos” (J. Ruiz Calderón en XIX Congreso, *El cristianismo*, p.148). Místicos como Eckhart o el mismo Francisco de Asís han tenido una clara visión de la fraternidad cósmica: “Lleno de la mayor emoción al considerar *el origen común* de todas las cosas, daba a todas las criaturas, por más despreciables que fuesen, el dulce nombre de hermanas, pues sabía muy bien que todas tenían el mismo origen que él” (San Buenaventura, *Legenda mayor*, VIII, 6). Por este camino de unidad familiar con lo creado profetizó la posibilidad, hoy más al alcance de la mano, de llegar a una verdadera “democracia cósmica”, a una familia de componente universal. “Él descubrió por intuición lo que actualmente sabemos por vía empírica, que todos los seres vivos somos hermanos y hermanas porque poseemos el mismo código genético. Francisco experimentó místicamente esta consanguinidad. Todos con-vivimos en la misma casa paterna y materna. Porque somos hermanos y hermanas, nos amamos y nunca está justificada la violencia entre familiares” (L.Boff, *Ecología*, p.263).

12) *La imprescindible espiritualidad*: Efesios cree que es imposible vivir en el paradigma de la reconciliación espiritual si no se llega a una espiritualidad robusta y a un amor arraigado. Podría dar la impresión de que los nuestros no son tiempos propicios para la espiritualidad. Pero sería una impresión engañosa. En medio del ruido de las ciudades, del vértigo de las comunicaciones, de lo cambiante de una sociedad que considera pasado de moda lo vivido ayer, cuando creemos que no tenemos sosiego para engendrar nada, resulta que las búsquedas espirituales brotan, aquí y allá, con una sorprendente abundancia y una no menos pasmosa variedad. No, los nuestros no son malos tiempos para la espiritualidad. Quizá haya que mirar en otros lugares, abrir otras alacenas, asimilar otros paradigmas que los vividos en épocas pasadas. Tal vez haya que

transitar por otras sendas y aventurarse por otros caminos que los trillados por la costumbre. Pero quien se anime a ello, puede verse sorprendido por la evidencia de que en el jardín de la existencia crece, imparable, el árbol frondoso y puede que equívoco de la espiritualidad.

13) *De la repensada a la fe vivida*: Efesios “naufraga” cuando trata de aplicar su hermosa espiritualidad de la reconciliación universal a los inmediatos códigos domésticos. No encuentra cauces para sobreponerse al marco sociológico concreto que lo ata. Por eso, habrá que decir que para trabajar en la dirección de una comunidad creyente empeñada en el horizonte de lo universal es preciso dar el paso de una espiritualidad pensada a otra vivida. Quizá habría que entender la fe más que como un bien religioso como un bien social. Este enmarque en lo histórico hace que la preocupación por la espiritualidad pase de ser una preocupación religiosa (que se traduce en número de practicantes) a una preocupación social. Se anhela la recuperación de la espiritualidad, el deseo de que el espíritu no muera en nuestra cultura, pero no por razones religiosas sino, simplemente, porque la pérdida de los valores más constituyentes del espíritu humano lleva a la persona a una situación sin salida en la historia. Desde aquí se puede anhelar, sin el componente religioso, una historia humanamente espiritual. Esto es lo que puede llegar a efectuar cambios sociales en los que tanto creyentes como no creyentes confluyan en caminos de humanización.

Conclusiones

Al terminar este recorrido de lectura de la carta a los Efesios se nos imponen algunas realidades:

- La certeza del común destino humano y la decisividad de las espiritualidades para llegar a tocar con las manos el sueño de una humanidad fraterna y reconciliada.
- La importancia de las religiones en esta tarea, siempre que sean incluyentes, abiertas, conectadas con la realidad, pacientes con todos los procesos históricos.
- Lo decisivo de un cambio de paradigma en cuestión de absolutos existenciales, poniendo en primer lugar a la persona y, a su servicio, encarnada, la realidad del mismo Dios.
- La aportación que la comunidad cristiana, una y plural, puede hacer a esta formidable empresa de la planificación de la historia siguiendo el camino de Jesús y de tantos creyentes que han vivido en esa dimensión

Concluimos con la sensación de que una lectura social de Efesios hace que la luz de la Palabra se proyecte sobre nuestra más concreta realidad histórica. Es la evidencia de que nuestro camino humano es una realidad acompañada por el fiel e inagotable amor del Padre.

Bibliografía de referencia:

1. AIZPURÚA DONAZAR, F., *La espiritualidad bíblica*, Ed. Verbo Divino, Estella 2009.
2. BOFF.L., *Ecología. Grito de la tierra, grito de los pobres*, Ed. Trotta, Madrid 1996.

3. COMTÉ-SPONVILLE, *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios*, Ed. Paidós, Barcelona 2006.
4. HERRERO, J.L., *Testimonio y reflexión de un cristiano libre*, Ed. El Almendro, Córdoba 2006.
5. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, Ed. San Pablo, Madrid 2001.
6. LÉGAUT, M., *Creer en la Iglesia del futuro*, Ed. Sal Terrae, Santander 1985.
7. MARINA, J.A., *Dictamen sobre Dios*, Ed. Anagrama, Barcelona 2001.
8. MATEOS, J., *El horizonte humano. La propuesta de Jesús*, Ed. El Almendro, Córdoba 2000.
9. RACLIFFE, T., *El manantial de la esperanza*, Ed. San Estaban, Salamanca 1998.
10. RELEA, F., *La muerte es la inventora de Dios*, en *Babelia* (Suplemento literario de *El País*), 27-10-2009, p.12.
11. SÍNODO SOBRE LA PALABRA DE DIOS (El), Cuadernos Phase 82, Barcelona 2009.
12. TEILHARD DE CHARDIN, P., *Himno al universo*, (Prólogo de A. Fierro), Ed. Trotta, Madrid 1996.
13. XIX CONGRESO DE TEOLOGÍA, *El cristianismo ante el siglo XXI*, Centro Evangelio y Liberación, Madrid 2000.
14. WENIN, A., *La Bible ou la violence surmontée*, DDB, Paris 2008.